

R.L.S.

R.L. STEVENSON

# Stevenson: el viaje como forma de vida

por Xavier Laborda\*

*Robert Louis Stevenson (1850-1894), autor, entre otros libros famosísimos, de La isla del tesoro, quizás, la primera novela de aventuras del mundo de habla inglesa, constituye una de las personalidades más sugestivas de la literatura universal. Hombre de salud precaria, tras vivir en diferentes lugares europeos, partió hacia las islas de*



R.L. Stevenson a la edad de 4 años.

*Samoa, en Oceanía, buscando un clima más benigno que le fuese favorable. En una de dichas islas, cuyos habitantes le bautizaron Tusitala, «el narrador de cuentos», se establecería hasta su muerte. El siguiente artículo recorre los hitos más sobresalientes, tanto literarios como vitales, de la abigarrada biografía del escritor escocés.*

THE ROBERT LOUIS STEVENSON COMPANION, PAUL HARRIS PUBLISHING, EDINBURGH, 1980





THE ROBERT LOUIS STEVENSON COMPANION, PAUL HARRIS PUBLISHING, EDINBURGH, 1980.

La familia Stevenson, Robert Louis es el segundo por la derecha.

**S**tevenson, el escocés nacido en Edimburgo (1850) que pasó sus últimos años en Samoa, donde halló la muerte (1894), es un escritor que ha pasado a pertenecer a la leyenda. Es la consecuencia de una vida en la que el observador reconoce los trazos de la pasión, la desmesura, la originalidad, el ensueño adolescente y romántico, la voluntad firme y madura y, sin duda, la presencia constante de la literatura. Vivió como un personaje de ficción, pero su vida fue tan real y la asechanza de la muerte tan inequívoca, que

de ella extrajo buena parte del material literario. Además de demostrar su genio literario en diversas obras, fue abogado, poeta y un viajero que recorrió tres continentes. Sintió el anhelo de compartir sus viajes: dejó a los lectores muchas páginas con la descripción fresca y sensible de sus apreciaciones y el relato de las peripecias.

Su obra merece críticas muy diversas. Quienes han discutido su valía y sinceridad reconocen la laboriosidad grande del autor. Su vida no tuvo descanso, lo que parece paradójico dado

que nunca realizó otro trabajo remunerado que el de escribir, que pasó buena parte de su tiempo convaleciente en el lecho, que frecuentó ociosos balnearios y que disfrutó de un crucero por los mares del Sur durante dos años. Paradójica, pero toda una vida de actividad, con dos notas, una limitadora y otra expansiva. La primera se refiere a la frágil salud y a los graves momentos en que estuvo a punto de morir. La otra se compone de las facetas de la pasión, la imaginación y la aventura, en las cuales aflora el deseo, la creatividad personal y lite-



# R.L. STEVENSON



Vailima, la casa de R.L. Stevenson en Apia (Samoa).

raria, y la acción, respectivamente.

Su infancia en el seno de una familia burguesa se resintió del desequilibrio entre su débil constitución y la desasosegante vitalidad imaginativa. La juventud supuso la rebeldía contra la autoridad paterna y la asfixiante sociedad victoriana de Edimburgo. El secreto viaje a un lejano país, los Estados Unidos, donde hizo frente a unos trances graves y se casó con una extranjera desconocida, añade elementos a una trama mítica. Su vuelta y reconciliación con sus padres, así como la conquista de la popularidad

con *La isla del tesoro*, son hechos que perfilan el pasaje típico de «la vuelta y aclamación del héroe». Y aún un epílogo: la segunda partida hacia una tierra remota y misteriosa, en el Pacífico Sur, y su entierro en la cima de un volcán de Samoa. Tal es la leyenda cierta de su vida y muerte, la que segrega el territorio del héroe, el aventurero o el romántico, según sea el ojo apreciativo del observador.

Sin embargo, y a nuestro pesar, surge una dificultad. Tal abundancia de escritura, tanta información autobiográfica, tanta actividad en tan diver-

sos paisajes, su agitada pasión, su incontinente egocentrismo, reflejan una rápida sucesión de imágenes. Si pretendemos detenernos en una, parece movida, desenfocada.

## El ojo apreciativo y su aventura

Sartre comienza su estudio biográfico de Flaubert con esta pregunta: «¿Qué se puede saber de un hombre, hoy en día?». Contestarla le ocupa una escritura de dos mil quinientas páginas (*El idiota de la familia*). El sobresaliente trabajo de Sartre es un ejemplo de la dificultad de la empresa. Aun tratándose de una mujer o un hombre fallecidos —por lo que no cabe que el interfecto cuestione el conocimiento que se tiene de él—, están los aspectos de las fuentes de información y de las interpretaciones. Precisamente, una fuente básica es la historiográfica, la que nos brindan biógrafos y comentaristas, que sin duda ejercen un papel de forjadores de opinión y, también, de deformadores de la imagen del personaje.

El caso de Robert Louis Stevenson no hace banal la pregunta que pone en duda el sentido de los datos biográficos, la que duda de la facilidad de sus semblanzas. Ello no obsta para reconocer su utilidad, a modo de recordatorio, y aun las hay que alcanzan una sobria concisión de enciclopedia, como sucede en esta contenida reseña:

**Stevenson, Robert Louis (1850-1894).** *Seud. de Robert Lewis Balfour. Escritor brit. Existencia marcada por una enfermedad pulmonar que, a partir de 1873, le llevó a la búsqueda de climas que pudieran aliviarse (Costa Azul, EUA, Samoa desde 1889). Su 1ª obra de éxito fue La isla del tesoro (1883), novela de aventuras de perfecta construcción y hálito romántico y misterioso; el personaje del cocinero Silver preludia uno de sus temas recurrentes: la ambigüedad moral; El extraño caso del doctor Jeckyll y Mr. Hyde (1886), influida por Poe; El señor de*

THE ROBERT LOUIS STEVENSON COMPANION, PAUL HARRIS PUBLISHING, EDINBURGH, 1980.





THE ROBERT LOUIS STEVENSON COMPANION, PAUL HARRIS PUBLISHING, EDINBURGH, 1980.

*R.L. Stevenson con su familia en Sidney.*

*Ballantrae (1889). La m. le impidió acabar la magnífica Weir of Hemistoun (1896).<sup>1</sup>*

El artículo se extiende cuatro líneas más en una nota sobre el estilo. Como vemos, trata dos vertientes, la vida y la obra. Sobre la vida, tienta el juego de imaginar qué habría destacado el anónimo redactor de haber resultado Stevenson convencional, saludable y sedentario. Por otro lado, la referencia a la obra nos sitúa frente a un hecho incontestable, incluso con el aparato de la estética y la crítica: la obra literaria de todo autor es un misterio.

Precisamente, una de las funciones que se atribuye a la biografía (hechos, hábitos, objetos, modos de trabajar...) es la de iluminar, no ya el sentido, sino el misterio de la obra.

Los curiosos se acercan a la vida del autor para conocer su obra. Con Stevenson ocurre fundamentalmente lo contrario, pues se atribuye a la obra, junto con sus hechos, el papel de espejo de la peripecia vital. Esto habla de una característica de nuestro autor que ha jugado en su contra: él, incluso en vida, ya era una leyenda que competía con su propia obra. Este fe-

nómeno no es casual, lo propició, y sus allegados lo incrementaron mientras pudieron, devotos de un culto y una «marca registrada». Una de las claves de la personalidad de Stevenson es su egoísmo, la desmesurada conciencia de sí mismo.

### El ojo pendular

Las notas que podemos consultar sobre la historia nos hablan de la multiplicidad del ojo con que se aprecia el valor de Stevenson. Y no se trata tan sólo de modas literarias —que es



## R.L. STEVENSON

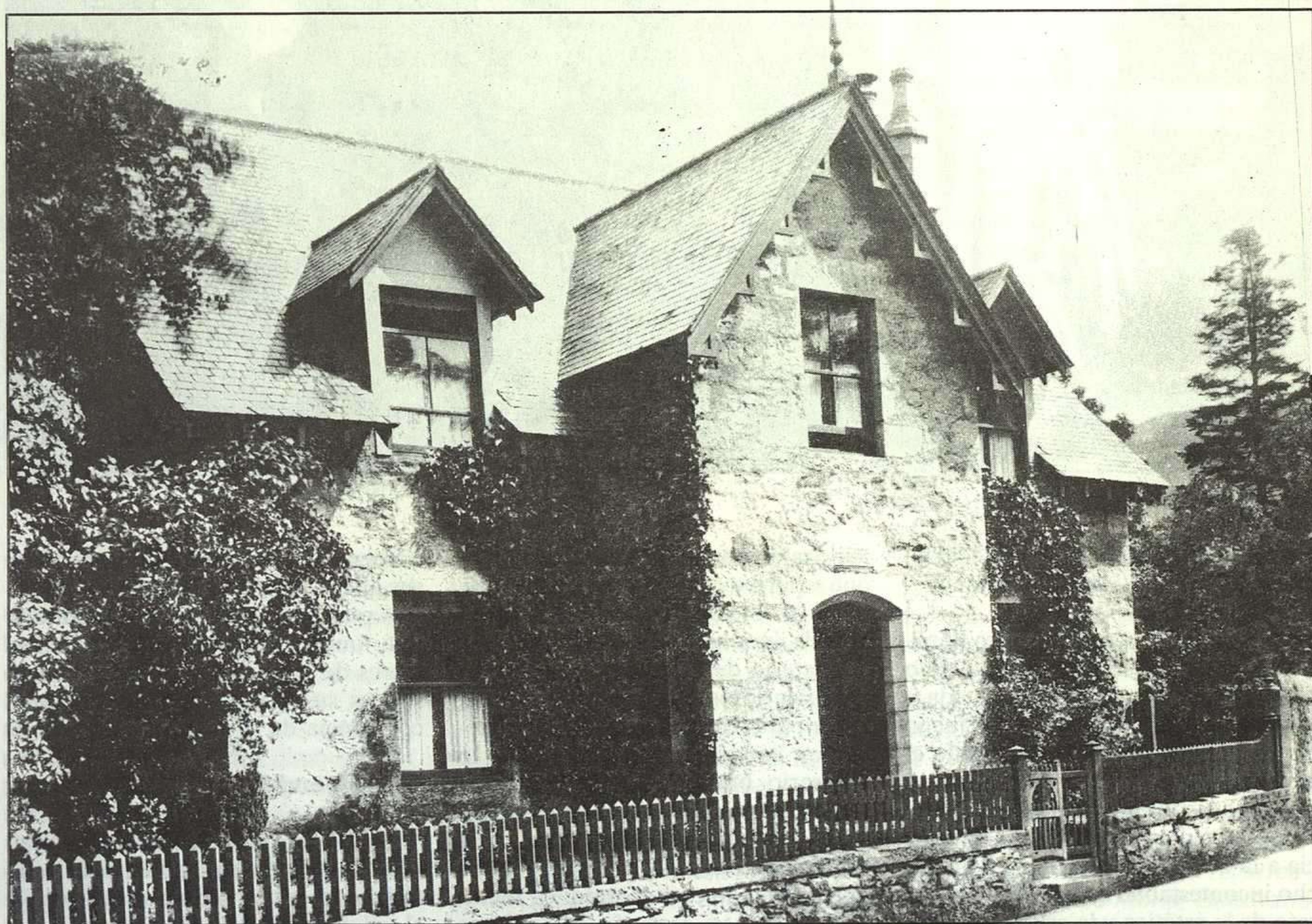
un criterio que excede este artículo—. Constatamos diversos momentos de valoración de la figura del escritor que —y ésta es la tesis— en buena parte responden a una influencia de la vida, por encima de la obra. De la devoción hagiográfica —fundamentada en la biografía hecha por el primo Graham Balfour, y promovida por sus tres mujeres supervivientes: la madre, la esposa y la hijastra—, pasa a ser objeto de críticas acervas —F. Swinnerton, 1924—, con el resultado de una inversión de criterios de valoración.

Citamos estas dos contrapuestas y sucesivas posturas, no ya para recapitular este aspecto secundario de la his-

toria, sino para dar a entender que también la aproximación de nuestros contemporáneos —y este mismo papel— es igualmente hija de unas referencias e intereses que deberíamos tener presentes. Se diría que a los momentos pendulares de la crítica —admiración/rechazo— ha seguido la presente etapa, central y menos arrebatada. Esta sensación de equilibrio tiene una razón objetiva; no estamos implicados personalmente en el asunto, a diferencia de lo que sucedió con los devotos y los detractores.

Lo que creemos saber, en la actualidad, de Stevenson no es lo mismo que se daba por cierto hace medio si-

glo (en respuesta al interrogante de Sartre). No le consideramos un autor para el mero consumo juvenil. ¿Y respecto a su persona? Si nos fijamos en la —escasa— crítica española, distinguimos matices. A modo de ejemplo, Fernando Savater transmite una contagiosa admiración por la figura romántica de Stevenson.<sup>2</sup> Javier Marías, por su parte, propone una aproximación desenfadada, con la intención de no abundar en la mitificación.<sup>3</sup> Quizá sean semblanzas que negocian (en el sentido de «armonizar») con un material (una vida cerrada) y el talante del observador que dice lo que incorpora a su vida.



*Casa de Braemar en la que R.L. Stevenson escribió La isla del tesoro.*



Un escrito más amplio y —por necesidad— más documentado que los anteriores es la biografía de James Pope Hennessy.<sup>4</sup> Su trabajo es fruto de la minuciosa consulta de abundante material —correspondencia fundamentalmente— y la aplicación de un criterio propio de la etapa atemperada de interpretación de la figura de Stevenson. Ésta es la fuente de la que he extraído la información primaria.

### Los años de Edimburgo

Nació Stevenson un 13 de noviembre de 1850, en el seno de dos medios de fuerte tradición: una familia ligada a la mar, de ingenieros y constructores de faros; y la ciudad de Edimburgo, antigua y recia, entre volcanes extintos y que domina el paisaje amplio del estuario del Forth y el mar. Si la tierra es sorprendente, la tradición no es menor: ciudad real desde el siglo XII y capital de Escocia desde el XV, con un castillo medieval legendario (sólo una vez tomado al asalto), una zona vieja sabrosísima y un «ensanche» del XIX que le vale a la ciudad el apelativo de «Atenas del norte». Al paisaje natural y a los específicos registros arquitectónicos hay que añadir lo más importante, la vida: burguesa, rigorista y victoriana de la ciudad nueva, a la que pertenecía la familia del escritor (con casa en el 17 de Herriot Row); y la popular, menestral y también canalla, lecho de necesidades y bajos fondos (con un insólito barraquismo vertical, en miserables y peligrosas torres a modo de rascacielos).

Edimburgo tiene hoy el encanto y —en menor medida— los trazos fuertes que permiten imaginar el entorno de los años de formación de Stevenson. Su infancia es la casa familiar, soleada y con jardín, y el ambiente de la ciudad burguesa. La casa es central ya que su escasa salud le retuvo allí la mayor parte del tiempo, raramente asistió a clase, así que la instrucción fue tutorial, mientras el verdadero

mundo exterior le llegaba a través de los relatos populares, sobrecogedores, que le desgranaba Cummie, la niñera. Son años que luego recordó como solitarios y penosos, con noches en vela por accesos de tos y por las sombras de una febril imaginación.

La juventud supone un cambio grande. Conoce la escuela y la universidad, donde ejerce de holgazán y rebelde. Su aspecto delata el rechazo que siente por el asfixiante mundo puritano. Cabello largo que se mueve al viento, ropa oscura, inclasificable y aparentemente sucia. Un nuevo mundo es la ciudad vieja, donde conoce a deshollinadores, marinos, truhanes

y prostitutas. Frecuenta estos medios y se crea una fama de terrible y lascivo. (Estos hechos se sacan a relucir en los años treinta y cuarenta, para rebatir la absurda imagen de santo de yeso que había divulgado póstumamente su familia.)

Si para la sociedad honorable el comportamiento y los ideales de Stevenson resultaban un enigma, una de sus primeras publicaciones es considerada igualmente impertinente, *Notas pintorescas sobre Edimburgo* (1879). Su ironía muerde, hable de costumbres o bien del clima —que sirve al mismo propósito—, como cuando escribe esto: «Los delicados tienen



R.L. Stevenson.

THE ROBERT LOUIS STEVENSON COMPANION, PAUL HARRIS PUBLISHING, EDINBURGH, 1980.



# R.L. STEVENSON



R.L. Stevenson y su grupo musical en la goleta «Casco».

una muerte temprana y yo, como superviviente entre crudos vientos y pertinaces lluvias, he tenido en ocasiones la tentación de envidiar su destino».

Además de su función ambiental, el clima no es una anécdota. La sensación de frío, con lluvias y nieblas marinas que traspasan los huesos, está determinada por la humedad y los vientos desatados, que llegan a Edimburgo directamente del mar del Norte y de Escandinavia. (Aún hoy las casas no destacan por una buena calefacción y el aislamiento.) A pesar de estar delicado de salud, Stevenson no murió pero sí soñó con tierras cálidas, en el Mediterráneo y más lejos.

Cuando tenía doce años pasó cinco meses con sus padres en la Costa Azul, en Menton, y de vuelta visitó las más importantes ciudades italianas. No parece que el viaje dejara en él mucha huella; en todo caso volvería a la Ribiera y a otros lugares de Francia, como joven excursionista o convaleciente, y habría de encontrar a la mujer de su vida.

## El viaje como vida

Completa los estudios de derecho para dar gusto a su familia. A continuación vienen los disgustos: no tie-

ne la más mínima intención de ejercer, pues manifiesta su deseo de dedicarse a algo tan ambiguo y excéntrico como la literatura; además, se declara agnóstico. La aflicción de los padres es comprensible, pero este hijo único es su motivo de amor y comprensión.

Su salud empeora. El diagnóstico es tuberculosis latente y el tratamiento, viajar a tierras de clima más benigno que el escocés. La amenazadora enfermedad tiene la virtud de liberarle de la agobiante Edimburgo. Conoce la dicha de instalarse en Londres o viajar a Francia repetidamente, de cuyas experiencias saldrán varios libros atractivos. *Un viaje al continente* (1878) es un viaje en canoa entre Antwerp y Pontoise. Narra la anécdota de su arresto. «Había siempre algo en el aspecto de Stevenson —escribe Hennessy— que inmediatamente despertaba la hostilidad de aduaneros, agentes de banca, hoteleros y la policía.» Le tomaban por alguien fuera de la ley, y estas confusiones le persiguieron por todo el mundo. Un cochero de Londres comentó que parecía un ahogado que habían sacado del Támesis. Pero, al tiempo, podía tener un porte aristocrático y una expresividad y encanto grandes cuando conversaba y se hallaba entre amigos.

En una de sus estancias en Francia conoce a Fanny Osbourne, que está siguiendo un curso de pintura. Es norteamericana, diez años mayor que él y vive con sus hijos separada del marido. El encuentro es feliz y determinante. Estamos en 1877, en cuyo verano visitan juntos Londres. En el verano siguiente Fanny debe volver a América. Stevenson pone fin a un distanciamiento que le mortifica y, al verano siguiente (1879), viaja a Nueva York en un barco de emigrantes, para seguir en ferrocarril hasta Monterrey (California). De esta experiencia, penosísima para su salud, da cuenta en numerosas cartas a sus amigos y en los libros *El emigrante aficionado* y

THE ROBERT LOUIS STEVENSON COMPANION, PAUL HARRIS PUBLISHING, EDINBURGH, 1980





R.L. Stevenson dictando a Belle.

A través de las llanuras, donde refleja también con sensibilidad la humanidad de los emigrantes, pobres gentes a las que considera sus iguales (en lo que la buena sociedad verá escandalosos elementos anarquistas).

La aventura americana no es un juego. Con pocos recursos —sus padres la desconocen—, avanza hacia la extenuación y un destino azaroso, Fanny no está divorciada y su situación es comprometida, por no hablar de la decisión que ha de tomar. Stevenson no puede ser acogido por su amiga, así que parte a caballo a un bosque de los alrededores con la intención de acampar. Cae enfermo y

yace dos días exánime e insomne bajo un pino. Un ranchero lo descubre y le asiste en su propiedad durante dos semanas de postración. «Fue una extraña y penosa parte de mi vida —declara Stevenson—, y según todas las reglas podría haber significado mi muerte.»

La fortuna no le abandona, si por ello entendemos la hospitalidad y ayuda de nuevos amigos en Monterrey. Pero ésta es una etapa de verdadera prueba: larga soledad en San Francisco, precariedad económica y un ataque de pleuresía, hasta que en mayo de 1880 se casa con Fanny, en quien halla además una devota enfermera y

una persona práctica y protectora. Ello tendrá sus inconvenientes (aislamiento y posesión), pero es algo que necesitaba.

Su insólita luna de miel en una mina abandonada, —como la gran parte de sus experiencias— da lugar a otro relato, *Los colonos del Silverado*. Reposo, baños de sol y friegas de aceite son parte del tratamiento de su mujer. La vuelta a Escocia en el verano de 1880, tras la aprobación de los padres, significa el regreso de un hombre de mejor salud y mayor capacidad literaria.

Los siete años siguientes en Europa arrojan una larga lista de domicilios en busca de un clima saludable: Alpes suizos, veraneos en Escocia, Costa Azul y finalmente la casa de Bournemouth, en el sur de Inglaterra. En lo que respecta a la literatura, es un período de excelentes páginas. La primera es *La isla del tesoro*, que le da la popularidad y sobre cuya anécdota de escritura en la primavera de 1981, junto a su hijastro y el resto de su familia, se ha hecho famosa: el entretenimiento de dibujar una isla imaginaria desencadena una historia con un gran sentido dramático, magnífica estructura y unos protagonistas de inquietante ambigüedad moral.

*Nuevas noches árabes* y *El dinamitero* no pueden despertar entusiasmo. Más interesante es la serie de novelas de tema escocés, *La flecha negra*, *Secuestrado* y *Catriona*.

La fuerte amistad que traba en 1885 con el novelista norteamericano, a raíz de una polémica sobre si la literatura ha de competir con la vida (James) o si ni la literatura puede competir con la vida (Stevenson), le aporta también un interlocutor magnífico. Se frecuentan a diario durante varios meses en Bournemouth, mientras uno prepara *Los bostonianos* y el otro *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Esta obra, que fue escrita en tres días y revisada en seis semanas, ha llegado al lenguaje popular, y en su momento *conmociónó* a toda la sociedad.

THE ROBERT LOUIS STEVENSON COMPANION, PAUL HARRIS PUBLISHING, EDINBURGH, 1980.



# R.L. STEVENSON

## Los mares del sur

Los siete últimos años de vida los pasa en un viaje por el Pacífico Sur y su asentamiento en Samoa. Nada de ello estaba previsto. Su padre acaba de morir y su salud se deteriora, así que en 1887 parte con su familia y su madre para un sanatorio en Colorado (EE.UU.), cuya estancia le restablece (y lo cierto es que no ha de morir de tuberculosis). Dispone de dinero y de una ilusión casi infantil por conocer las islas del Pacífico. Antes de volver a Inglaterra decide fletar la goleta «Casco» para satisfacer su sueño. Le acompaña con gusto su familia, y durante seis meses recorren las Marquesas, el atolón de coral Fakarava, Tahití y Honolulu. Escucha leyendas que luego recoge en *La isla de las voces* y trabaja en *El señor de Ballantrae*, obra que resulta lograda sólo en parte. Su encanto personal le granjea la amistad de reyes de las islas que visita. En Stevenson tenemos al prototipo del viajero, algo difícil de imaginar desde nuestra época de simple turismo. El mundo polinesio es una revelación para el escocés; a la brillantez de la luz, la fuerza de los colores, el perfume del aire y los inmensos horizontes marinos, se suma el descubrimiento de la alegría sincera de los pobladores y la sensación de que el tiempo no existe.

Estas impresiones le animan a prolongar su viaje. Se embarca en el «Equator», un barco que comercia con copra, con la intención de progresar hacia el sur. A los diez días de travesía decide pasar el resto de su vida en los mares del sur. La narración de este viaje queda plasmada en *Los mares del sur*.

Atraca en el archipiélago de Samoa (diciembre de 1889) y escoge como residencia Apia, capital de la isla Upolu. Hace construir una casa en las afueras, a la que bautiza como «Vailima» (cinco arroyos, en lengua nativa).

Este período es el más documenta-



Fanny Osbourne, la esposa de R.L. Stevenson.

do y el más polémico. Salvo Henry James, los lejanos —y alejados— amigos tienen la idea que su literatura se deteriora y que su vida se cierra sobre sí mismo. Alguna razón tienen, ya que el egocentrismo de Stevenson se acentúa, según Hennesy, «con la influencia de la megalomanía de Fanny»: detalla en su abultada correspondencia todo cuanto le acontece o siente; se imagina a un paso de la genialidad al escribir la novela inacabada *Weir of Herminston*, y, en suma, parece que atribuye una desmesurada dimensión a su persona. Si ello es posible, también ocurre que tiene un sincero y abnegado interés por su nuevo mundo. En numerosos artículos y en *Pie de página para la historia* ofrece un elaborado retrato de la situación

política en Samoa, del abuso occidental, y hace una fraternal defensa de los nativos. Son cuestiones que, como poco, despiertan incompreensión en el Norte. Su intervención no queda en textos, sino que llega a ejercer de mediador entre jefes nativos y a evitar hostilidades. En estos años ya es muy popular en Estados Unidos, lo que no deja de ser un motivo de envidia entre los viejos amigos, además de su pérdida de influencia en él.

En junio del año 1894, el escritor interrumpe su trabajo tras la esperada llegada de los muebles de la casa paterna de Edimburgo. Al desembalar las voluminosas 37 cajas, se produce la maravilla de recobrar en los trópicos los recuerdos tangibles de su infancia. Esto coincide con un óptimo momento personal del autor, que da señales de estar en su punto de madurez creadora y a quien la salud le asiste razonablemente.

El tres de diciembre de 1894 dicta unos pasajes de *Weir of Herminston* a su hijastra Belle. Por la tarde intenta dar una clase de francés al hijo de Belle, entre risas y bromas. Tras recoger una botella de vino en la bodega, ayuda a Fanny a preparar una mayonesa. Vierte con mano firme las gotas del aceite cuando de repente hace un gesto de dolor y pregunta: «¿Tengo un aspecto raro?», mientras cae de rodillas en el porche. La hemorragia cerebral le hace perder el conocimiento y muere poco después, a la edad de cuarenta y cuatro años. Al día siguiente es enterrado en la cima del monte Veá, de origen volcánico, según su deseo. ■

\* Xavier Laborda es profesor de Lingüística de la Universidad de Barcelona.

## Notas

1. *Diccionario enciclopédico*, Grijalbo, Barcelona, 1986.
2. Fernando Savater: «La Escocia mágica de Stevenson», *El País semanal*, 6-2-1983.
3. Javier Marías: «Robert Louis Stevenson entre criminales», *Claves*, febrero de 1991.
4. James Pope Hennessy: *Robert Louis Stevenson*, Cassell Publishers (275 pp.), Londres, 1974.